M A R

…lacio nos amorosas

49

MAUPASSANT

LA CASA
DE PLAC

PQ2349
N68

M45816

1020026655

LA CASA DE PLACER

DESEMBARCO DE LASCIVIA

ESPECULACIONES AMOROSAS

N
Num. Clas M452c
Núm. Autor
Núm. Adg. 30535
Procedencia -f-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

843
M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO [illegible] COVARRUBIAS

Novelas cortas de Guy de Maupassant.

La casa de placer

DESEMBARCO DE LASCIVIA

ESPECULACIONES AMOROSAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
[illegible] MONTERREY, MEXICO

Madrid, 1902

30535

PQ2349
N68

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

85936

NOVELAS CORTAS DE

GUY DE MAUPASSANT

La casa de placer

Desembarco de lascivia

Especulaciones amorosas

MADRID
«IBER». GOYA, 31.
1902

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

LA CASA DE PLACER

I

Iban allí, todas las noches, hacia las once; como al café, sencillamente.

Encontrábanse siete ú ocho, siempre los mismos; no calaveras: hombres respetables, comerciantes, jóvenes de la villa; tomaban su chartreuse, entreteniéndose algo con las muchachas ó hablando seriamente con el *ama*, á la que todos respetaban.

Retirábanse á media noche. Algunas veces, los jóvenes se quedaban hasta más tarde.

La casa era de aspecto decente, pequeña,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ña, pintada de amarillo y ocupaba la rinconada de una calle, detrás de la iglesia de San Esteban; desde sus ventanas se veía la dársena llena de buques y la costa de la Virgen con su antigua capilla ennegrecida.

El *ama*, procedente de una familia de campesinos del departamento del Eura, había aceptado su profesión con la misma sencillez que se hubiera hecho modista ó costurera. El prejuicio del deshonor, unido á la prostitución, tan violento y vivo en las ciudades, no existe en la campiña normanda. El campesino dice:—«Es un buen negocio»—, y manda á su hija á explotar un harén de mozas, como la enviaría á dirigir un colegio de señoritas.

Además, esta casa procedía de la herencia de un tío viejo que la estableció. El *ama* y su marido, antes posaderos cerca de Ivetot, habían liquidado inmediatamente,

mente,

mente, considerando el negocio de Fécamp más ventajoso para ellos, y fueron á encargarse de la dirección de la casa, por la cual nadie se interesaría tanto como sus dueños, los cuales eran tan buenas gentes, que se hicieron querer enseguida del personal de su casa y de los vecinos.

El hombre murió á los dos años, de un ataque apoplético. Su nueva profesión, reduciéndole á la molicie y á la inmovilidad, le hizo engordar mucho y la salud le ahogó.

El *ama*, desde su viudez, fué deseada vanamente por todos los parroquianos del establecimiento; pero se la suponía honesta en absoluto, y ni sus pupilas pudieron descubrir nada. Era alta, de buenas carnes y muy agraciada. Su cutis, palidecido en la obscuridad de aquel recinto siempre cerrado, lucía como bajo un barniz grasiento. Cabellos indómitos, cortos y rizados,

zados,

zados, rodeaban su frente, dándole un aspecto juvenil que contrastaba con la madurez de sus formas. Invariablemente alegre y de rostro franco, bromeaba gustosa, pero con alguna reserva, que sus nuevas ocupaciones no pudieron hacerle perder aún. Las palabras groseras la chocaban siempre algo; y cuando un muchacho mal educado llamaba por su nombre la casa que ella dirigía, se molestaba, protestando. En fin, tenía el alma delicada, y aun cuando trataba á sus mujeres como amigas, hacía notar con frecuencia que no eran todas una misma cosa.

De cuando en cuando, entre semana, salía en coche de alquiler con parte de su tropa; iban á corretear sobre la hierba á orillas del río. Parecían aquellas, escapatorias de colegialas; carreras locas, juegos infantiles, todo el atolondramiento alegre de reclusas embriagadas por el aire libre.

Comían

Comían fiambres y bebían sidra, sentadas sobre el césped, y no regresaban hasta la noche, con una fatiga deliciosa y rebosando ternuras; en el coche besaban al *ama* como á una madre muy buena, complaciente y dulce.

La casa tenía dos puertas. En la de la rinconada, una especie de cafetín obscuro, frecuentado desde el anochecer por marineros y artesanos. Dos de las mujeres encargadas del comercio especial del establecimiento, estaban particularmente destinadas á las necesidades de esta parte de la clientela. Ellas servían, ayudadas por un mozo llamado Federico, bajo, rubio, imberbe y fuerte como un buey, los vasos de vino y de cerveza sobre las movedizas mesas de mármol; y rodeando con sus brazos el cuello de los bebedores, ó sentadas sobre sus rodillas, procuraban aumentar el gasto.

Las

Las otras tres (pues entre todas no eran más que cinco) formaban una especie de aristocracia, quedando reservadas á los visitantes de arriba, á menos que no fueran abajo necesarias, cuando en el piso no había gente.

El salón de Júpiter, donde se reunían contertulios, estaba tapizado de papel azul y adornado con un gran dibujo representando á Leda, tendida bajo su cisne. Se llegaba á este lugar por una escalera de caracol, terminada en una puerta estrecha, de humilde aspecto, dando á la calle, y sobre la cual brillaba toda la noche, detrás de un enrejado, un farolillo como los que se encienden aún en ciertos pueblos á los pies de las Vírgenes embutidas en los muros.

Las paredes, húmedas y viejas, despedían un tufillo mohoso. De cuando en cuando, una ráfaga de aire, impregnada de un perfume

perfume fuerte, atravesaba el corredor; ó la puerta de abajo, entreabierta, dejaba resonar en toda la casa, como la explosión de un trueno, los gritos ordinarios de los hombres reunidos en la tienda, produciendo en los tertulios del principal un gesto de inquietud y disgusto.

El *ama*, siempre amable con sus clientes y amigos, no abandonaba el salón, interesándose con las murmuraciones de la villa que ellos la comunicaban. Su conversación seria, contrastaba mucho con las divagaciones de las tres mujeres; era como un descanso en el jugueteo canallesco de los barrigudos señores que se permitían cada noche el torpe y trivial exceso de beber una copita de licor en compañía de mujeres públicas.

Las tres del principal se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa.

Siendo tan reducido el personal, se había

bía procurado que cada una de ellas fuese como una muestra, el resumen de un tipo femenino, á fin de que todos los parroquianos pudiesen encontrar allí, aproximadamente al menos, la realización de su ideal.

Fernanda, campesina, representaba la *hermosa rubia*, buena moza, casi obesa, carnosa y con pelo corto, de color de cáñamo, que apenas le cubría la cabeza.

Rafaela, nacida en puerto de mar, hacía el papel indispensable de la *bella judía*, delgada, con los pómulos salientes y enrojecidos. Su cabello era negro, brillante á fuerza de pomada; sus ojos hubieran parecido hermosos si no manchara el derecho una nube; su nariz arqueada caía sobre la boca saliente, en la cual dos dientes nuevos contrastaban con los demás, que habían tomado con los años un color de madera vieja.

Rosa,

Rosa, una bola de carne, toda vientre, con unas piernas minúsculas, cantaba desde la mañana hasta la noche coplas alternativamente picarescas y sentimentales, refería historias interminables é insignificantes, y sólo cesaba de hablar para comer y de comer para hablar, moviéndose siempre, ligera como una ardilla, á pesar de su gordura y de la mezquindad de sus piernas; era su risa un chorro de gritos agudos, resonando sin cesar en todas partes, en las alcobas, en las guardillas, en el café, por cualquier motivo.

Las dos mujeres de abajo, Luisa, la *pájara*, y Flora, llamada *balancín*, porque cojeaba un poco, la una siempre vestida de Libertad, con un cinturón tricolor, y la otra de Española de fantasía, parecían cocineras disfrazadas para un Carnaval. Semejantes á todas las mujeres del pueblo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

pueblo, ni más feas, ni más hermosas, verdaderas criadas de mesón, eran conocidas en el puerto por el apodo de las dos Bombas.

Una paz celosa, pero rara vez turbada, reinaba entre las cinco mujeres, gracias á la prudencia conciliadora del *ama* y á su inacabable buen humor.

El establecimiento, único en la villa, era muy frecuentado. El *ama* supo darle cierto aspecto de distinción: ella se presentaba siempre amable y previsora para todo el mundo. Su bondad era tan conocida, que la rodeaba una especie de consideración.

Los parroquianos se esmeraban por agradarla, sintiéndose orgullosos cuando ella los distinguía con su amistad; y al encontrarse unos con otros por la calle ó en sus negocios durante el día, se decían: «hasta la noche donde usted sabe», como se

se dice: «después de comer, en el café».

En fin, la casa Tellier era un recurso, y rara vez alguno de los contertulios faltaba á su cita diaria.

Pero, una noche, de las últimas de Mayo, habiendo llegado primero el señor Poulín, almacenista de maderas y antiguo alcalde, encontró la puerta cerrada. El farolillo no brillaba detrás del enrejado, ni se oía ningún ruído en la casa, que parecía muerta. Llamó, suavemente primero, después con alguna violencia; nadie le contestaba. Alejóse calle arriba, muy despacio, y al llegar á la plaza del Mercado, encontró al señor Duvert, el armador, que se dirigía al sitio de costumbre. Volvieron los dos juntos, sin lograr mejor resultado. Pero un ruido fenomenal se produjo de pronto cerca de ellos, y acercándose á la esquina vieron un grupo de marineros ingleses y franceses que vociferaban,

feraban, dando puñetazos en las maderas cerradas del café.

Los dos burgueses pensaron escabullirse para no verse comprometidos; pero un ligero «psht» los detuvo: era el señor Tournebau, el de la fábrica de salazón, que, habiéndoles conocido, los llamaba. Diéronle cuenta del suceso, que le afectó mucho, porque, hombre casado, con hijos y expuesto á una dura vigilancia, no iba más que los sábados «*securitatis causa*», decía él, haciendo alusión á una medida de policía sanitaria, cuyos períodos le había revelado su amigo el doctor Borde. Era precisamente su día y tendría que aguardar toda la semana.

Los tres dieron un largo paseo hasta el muelle, tropezaron en el camino al joven Felipe, hijo del banquero, otro contertulio, y al señor Pimpesse, el recaudador. Juntos volvieron entonces por la calle de los

los Judíos, para hacer una última tentativa. Pero los marineros, exasperados, tenían sitiada la casa, vociferando, apedreando las puertas; y los clientes del principal, desandando lo andado, más que de prisa, fuéronse á pasear por otras calles.

Aún encontraron al señor Dupuis, agente de seguros, y al señor Vasse, juez del Tribunal del Comercio, y juntos llegaron al muelle, sentándose sobre el parapeto de granito y mirando ir y venir las olas, cuya espuma brillaba en la sombra, mientras el rugido monótono del mar estrellándose contra las rocas, se prolongaba en el silencio de la noche á lo largo de toda la costa. Después de permanecer allí algún tiempo, el señor Tournebau díjo:—«Esto no es divertido».—«Ciertamente, no»—repuso el señor Pimpesse; y todos volvieron, despacio.

Habiendo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Habiendo atravesado la calle que domina la costa, volvieron por el puente de madera, pasaron junto á la vía férrea y desembocaron otra vez en la plaza del Mercado, donde comenzó á promoverse una disputa entre el recaudador y el salador, á propósito de una seta comestible que uno de ellos aseguraba haber encontrado en las afueras.

Los ánimos estaban agriados por el aburrimiento, y acaso hubieran llegado á vías de hecho, sin la oportuna intervención de los otros. El señor Pimpesse, furioso, se retiró; y enseguida un nuevo altercado surgió entre el ex-alcalde y el agente de seguros, con motivo del sueldo del recaudador y de los beneficios que podría proporcionarse. Las frases injuriosas llovían de una y otra parte, cuando una tempestad de atronadores gritos se desencadenó, y la turba de marineros, fatigados

fatigados de aguardar en vano frente á una casa cerrada, llegó á la plaza. Iban cogidos del brazo, por parejas, formando una larga procesión y gritando furiosamente.

El grupo de los burgueses cobijóse bajo un portal, y la horda bullidora desapareció en dirección del convento. Largo rato se oyó aún el clamor, que disminuía por instantes como una tempestad que se aleja, y el silencio se restableció.

El señor Poulín y el señor Dupuis, furiosos el uno contra el otro, fuéronse cada uno por su lado, sin saludarse.

Los otros cuatro se pusieron en marcha bajando instintivamente hacia la casa Tellier. Seguía cerrada, muda, impenetrable. Un borracho tranquilo y obstinado, daba golpes con los nudillos en la puerta del café; después, á media voz, llamaba al mozo Federico, y como nadie le contestó, decidióse

cidióse á sentarse para esperar los acontecimientos.

Los burgueses iban á retirarse cuando el grupo tumultuoso de hombres del puerto apareció en el extremo de la calle. Los marineros franceses cantaban *La Marsellesa*, los ingleses el *Himno Británico*; se dirigieron hacia el muelle, donde se trabó una batalla entre los marineros de las dos naciones. Un inglés salió con un brazo roto y un francés con la nariz cortada.

El borracho, que se había quedado junto á la puerta, lloraba entretanto, como lloran los niños contrariados.

Los burgueses al fin se dispersaron. Poco á poco la calma se restablecía en la población perturbada. De cuando en cuando, un ruido, una voz resonaban, luego se perdían á lo lejos.

Sólo un hombre vagaba constantemente desconsolado de aguardar una semana, el señor

señor Tournebau, el salador; confiaba sin duda en algún azar venturoso, no comprendiendo cómo la policía dejaba cerrar así un establecimiento de utilidad pública.

Volvió, olisqueando los muros, buscando el motivo, y pudo ver que del sobradillo pendía un cartel. Encendiendo rápidamente una cerilla, leyó estas palabras escritas en gruesos caracteres desiguales: *Cerrado por causa de primera comunión.*

Y se alejó comprendiendo que no podía confiar en nada.

El borracho dormía, dormía ya, tendido á lo largo junto á la puerta inhospitalaria.

A la mañana siguiente todos los contertulios, uno tras otro, encontraron excusa para pasar por aquella calle, con papeles debajo del brazo, como si fueran á sus negocios; y con una mirada furtiva, todos leyeron

leyeron el aviso misterioso: *Cerrado por causa de primera comunión*.

II

Lo cierto es que el *ama* tenía un hermano carpintero establecido en su país natal, Verville, en el Eura. Siendo aún mesonera en Ivetot, había apadrinado en la pila bautismal á la hija de ese hermano, á la que llamó Constanza; Constanza Rivet. El carpintero, viendo á su hermana en buena posición, no la olvidaba fácilmente, aun cuando se veían muy de tarde en tarde, retenidos por sus ocupaciones y viviendo á mucha distancia uno de otro. Pero como la ahijada iba á cumplir doce años y hacía entonces la primera comunión, aprovechó el carpintero esta oportunidad para

para una entrevista, escribiendo á su hermana que contaba con ella para la ceremonia. No podía negarse á su ahijada, y aceptó. Su hermano, que se llamaba José, confiaba en poder obtener con sus muchas atenciones, un testamento á favor de Constanza, porque la madrina no tenía hijos.

La profesión de su hermana no era para él motivo de escrúpulo, y, además, nadie lo sabía en su país. Se decía solamente hablando de ella: «La señora Tellier es una burguesa de Fécamp»; lo que dejaba comprender que podía vivir de sus rentas. De Fécamp á Verville había más de veinte leguas; y veinte leguas de camino son más difíciles de franquear para labriegos, que el océano para la gente civilizada. Los habitantes de Verville no habían pasado nunca de Rouen; nada atraía á los de Fécamp hacia el pequeño pueblo de 500 hogares, perdido en la llanura y formando parte

parte de otro departamento. En fin, que no se sabía nada.

Acercándose la fecha de la comunión, el *ama* se hallaba en un conflicto. No tenía *encargada* ni estaba decidida á dejar su casa ni siquiera un solo día, porque en su ausencia iban á estallar seguramente las rivalidades entre las mujeres del principal y las de abajo; además, Federico se emborracharía, sin duda, y emborrachándose disputaba con los parroquianos por cualquier cosa. Decidióse á llevar toda su gente, menos al mozo, á quien dejó en libertad fuera de casa.

Consultado el hermano en este punto, no hizo la más pequeña objeción, encargándose de alojar á toda la compañía por una noche. Así, el sábado por la mañana, el tren de las ocho llevaba al *ama* y á sus pupilas en un vagón de segunda clase.

Hasta Beuceville fueron solas y hablaron

ron por los codos; pero en esta estación subió á su departamento un matrimonio. El hombre, viejo campesino, vestía blusa azul con largas mangas abrochadas en las muñecas, y adornada con trencillas blancas; cubría su cabeza con un viejo sombrero grande y de pelo erizado; llevaba en una mano un enorme paraguas verde y en la otra un gran cesto del que salían las cabezas espantadas de tres patos. La mujer, tiesa, embutida en su traje rústico, tenía cara de pájaro, con la nariz puntiaguda como un pico; sentóse frente á su marido, y se quedó parada, sobrecogida entre tan elegante compañía.

Y en efecto, en el vagón había una variedad de colores sorprendente. El *ama* vestía de azul, de seda azul de los pies á la cabeza, llevando sobre los hombros un chal de imitación de cachemira francesa, rojo, deslumbrador, fulgurante. Fernanda iba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MÉXICO
30535

iba oprimida por un traje escocés, cuyo cuerpo abrochado á fuerza de fuerzas por sus compañeras, levantaba su abultado pecho, tan oscilante y agitado que parecía líquido bajo la tela. Rafaela, con un tocado de pluma, simulando un nido lleno de pájaros, llevaba un vestido lila con rayas doradas, algo de oriental, que sentaba bien á su fisonomía judáica. Rosa, con una falda rosa de anchos volantes, tenía el aire de una niña gorda ó una enana obesa; y las dos Bombas parecían haber confeccionado sus extrañas vestiduras con cortinas antiguas, de esas cortinas con ramajes del tiempo de la Restauración.

Así que dejaron de hallarse solas, tomaron un continente grave y se pusieron á hablar de cosas elevadas para dar buena opinión de sí mismas. Pero en Balbec apareció un señor de patillas rubias, con sortijas y cadena de oro, el cual puso en la

rejilla, sobre su cabeza, varios paquetes euvueltos en telas impermeables. Tenía un aspecto bondadoso y bromista. Saludó sonriendo y preguntó con desparpajo:— « Estas señoritas, cambian de guarnición » La pregunta produjo en el grupo una confusión molesta. El *ama,* recobrando al fin su aplomo, respondió secamente. para vengar á la clase ofendida:—«Podría ser usted mejor educado». Él se disculpó:— «Quise decir de monasterio». El *ama,* no hallando réplica, ó creyendo tal vez suficiente lo que había dicho, hizo un saludo muy digno, apretando los labios.

Entonces el viajero, que se había sentado entre Rosa y el campesino, se puso á guiñar el ojo á los tres patos, cuyas cabezas salían del canasto; luego, al comprender ya que tenía cautivado á su público, principió á tocar á los animales en el pico, diciéndoles:—«Hemos dejado nuestra

tra charca ¡cua! ¡cua! ¡cua!, para conocer el asador, ¡cua! ¡cua! ¡cua!» Los desdichados animalitos volvían el cuello para evitar las caricias del guasón, haciendo esfuerzos terribles para salir de su cárcel de mimbre; de pronto, los tres á un tiempo lanzaron un lamentable grito de angustia:—«¡Cua! ¡cua! ¡cua!» Entonces hubo una explosión de risas entre las mujeres; todas se inclinaban, todas se empujaban para ver, interesándose locamente por los patos, y el viajero redoblaba sus bromas con chistes nuevos.

Rosa tomó al punto parte en la broma, y apoyándose en las piernas de su vecino, inclinóse para besar en la nariz á los tres animalitos. Enseguida, todas quisieron hacer lo mismo, y el viajero, sentándolas una á una sobre sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba; de pronto las tuteó.

Los dos labriegos, más turbados aún que

que sus patos, abrían y cerraban los ojos, sin atreverse á menearse, y á sus enrojecidos rostros, arrugados, no asomaba una sonrisa ni una emoción.

Entonces el viajero, que era un comisionista, ofreció, en broma, bragueros á las mozas, y cogiendo uno de sus paquetes lo abrió. El paquete contenía ligas.

Las había de seda azul, rosa, naranja, violeta, malva, con broches de metal dorado, que representaban dos amorcillos enlazándose. Las mozas lanzaron un grito de gozo; después examinaron las muestras, recobrando la gravedad natural á toda mujer que examina un adorno. Se consultaban con los ojos ó con una frase dicha entre dientes; se respondían de igual manera, y el *ama* tenía en la mano, viéndolas con gusto, un par de ligas anaranjadas, mayores, más imponentes que las otras; verdaderas ligas de matrona.

Contemplándolas,

Contemplándolas, el viajero acariciaba una idea: «—A ver, gatitas mías, necesito probarlas.» Hubo una tempestad de exclamaciones, y se apretaban los vestidos entre las piernas como si temieran que las violentaran. El comisionista esperaba tranquilo el momento más oportuno. Luego dijo:—«Si no queréis, las voy á guardar.» Y añadió finamente:—«Ofrezco un par de ligas, á elegir, á las que se las dejen poner.» Pero ellas no querían, irguiéndose muy severas. Sin embargo, las dos Bombas ponían una cara tan triste, que para animarlas, el viajero repitió la proposición. Flora *balancín*, sobre todo, torturada por el deseo, dudaba visiblemente. Él insistió: «—Anda, hija mía, decídete; mira: este par lila, dice bien con tu vestido.» Entonces ella se decidió, y levantándose la falda, enseñó una recia pierna de campesina, mal calzada con una media ordinaria.

ordinaria. El viajero, inclinándose, puso primero las ligas por debajo de la rodilla, luego por encima. Cuando hubo acabado de hacerle cosquillas, dijo: «—¿Á quién ahora?»—Todas gritaron: «¡Á mí! ¡Á mí!» Empezó por Rosa, que descubrió una masa informe, una verdadera morcilla, como dijo Rafaela. Fernanda recibió los elogios del viajante, al cual entusiasmaron sus poderosas columnas. Las delgadeces de la bella judía tuvieron menos éxito. Luisa *la pájara*, en broma, tapó la cabeza del viajero con su vestido, y el *ama* tuvo que intervenir para contener aquella inconveniencia. Por fin, hasta el *ama* tendió su pierna, una hermosa pierna, gorda y bien formada; y el viajante, sorprendido y admirado, se quitó el sombrero para saludar aquella tan respetable pantorrilla.

Los dos campesinos, petrificados por la sorpresa, miraban de reojo y parecían de

tal

tal manera dos pollos mojados, que cuando el hombre de las patillas rubias, incorporándose, hizo un ruidoso quiquiriquí, se desencadenó una nueva tempestad de alegría.

Los viejos se apearon en Motteville, con su canasto, sus patos y su paraguas, y alejándose, la mujer dijo al hombre:

«—Son prostitutas que van á ese condenado París...»

El chancero comisionista se apeó en Rouen, después de haberse mostrado tan grosero que el *ama* se vió en el caso de recordarle secamente que se propasaba mucho, añadiendo esta moraleja:

«—Así aprenderemos á no hablar con el primero que se acerque.»

En Oissel cambiaron de tren, y en la estación siguiente, José Rivet las aguardaba con un carro lleno de sillas y tirado por un caballo blanco.

III

El carpintero besó finamente á todas las mujeres, ayudándolas á subir al carro. Tres se sentaron en las sillas de atrás; Rafaela, el *ama* y su hermano, en las de delante, y Rosa, no teniendo silla, se colocó lo mejor que pudo sobre la robusta Fernanda; el carro se puso en marcha. Pero en seguida, el trote del caballejo lo sacudió de tal modo, que las sillas comenzaron á bailar, y las viajeras á dar saltos á derecha y á izquierda, con agitaciones de muñeco sacudido, haciendo gestos, dando gritos de susto, interrumpido por otro salto más violento. Se agarraban á uno y otro lado, los sombreros les caían sobre la nariz, sobre la espalda, sobre un hombro; y el caballo blanco avanzaba sin cesar,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
...do 1625 MONTERREY, MEXICO

sar, alargando la cabeza, y con la cola derecha, una cola de rata, sin pelo, con la cual se sacudía las ancas de cuando en cuando. José Rivet, con un pie puesto sobre una de las varas y el otro corrido hacia detrás, los codos muy levantados, sosteniendo las riendas, repetía á cada punto una especie de claqueo que, haciendo enderezar las orejas al caballo, le obligaba á acelerar el paso.

A una y otra parte del camino se ofrecía el campo verde. Entre los centenos, ya bastante crecidos, aparecían florecitas azules que las mujeres deseaban coger; pero Rivet se negó á parar el carro. A veces un campo entero parecía regado con sangre, invadido por encendidas amapolas. Y en medio de estas llanuras coloreadas por las flores silvestres, el carro, que parecía llevar también un ramo de flores de matices vivos, pasaba al trote del caballo blanco,

blanco,

blanco, perdíase tras los árboles de una ribera, reaparecía de nuevo á través de las mieses, amarillas ó verdes, salpicabas de rojo y azul, corriendo siempre bajo los rayos del sol.

A la una llegaban frente á la casa del carpintero, pálidas, rendidas por el cansancio y por el hambre, pues no habían comido nada desde que salieron de su casa. La mujer de Rivet corrió, ayudándolas á bajar una tras otra, besándolas en cuanto ponían los pies en el suelo; no se cansaba de acariciar á su cuñada, á la que se proponía engatusar. Comieron en la carpintería, dispuesta ya para la solemne fiesta del día siguiente.

Una buena tortilla, á la que siguió una morcilla asada, rociado todo con abundante sidra fuerte, bastaron para reflejar la alegría en todos los semblantes. Rivet cogió un vaso para brindar y su esposa iba

y

y venía de la cocina mudando los platos y diciendo á cada cual:—«¿Se ha servido usted bastante» Los tablones arrimados á la pared y las virutas amontonadas en un rincón despedían un perfume de madera serrada, olor de carpintería, un vaho resinoso que penetra hasta el fondo de los pulmones.

Pidieron á la niña: pero había ido á la doctrina y no volvería hasta la noche.

Salieron para dar una vuelta por el pueblo; estaba formado por una ancha calle, en cuyo extremo aparecía la iglesia, y junto á la iglesia el cementerio; cuatro tilos corpulentos daban sombra á todo el edificio, hecho con sillares labrados, sin estilo alguno, que remataba en un pequeño campanario.

Rivet, ceremonioso, aunque llevaba su traje de obrero, daba el brazo á su hermana con cierta solemnidad. Su mujer, admirando

rando el traje con rayas doradas, de Rafaela, se había colocado entre ésta y Fernanda. Rosa trotaba detrás con Luisa y Flora que cojeaba mucho, fatigada.

Las vecinas salían á las puertas, los niños interrumpían sus juegos, levantábase una cortina dejando entrever una cabeza cubierta con una cofia de percal; una vieja con muletas y casi ciega se persignó como si pasara la procesión; y todos seguían largo tiempo con la mirada, el paso de aquellas hermosas damas de la ciudad, que habían ido de tan lejos para asistir á la primera comunión de la niña Rivet.

Pasando frente á la iglesia, oyeron las voces de los niños: un cántico lanzado al cielo con entonaciones atipladas; pero el *ama* no consintió que entrasen, para no turbar á los querubines.

Después de un paseo por el campo y la enumeración de las principales propiedades,

des, José Rivet volvió con su gente para instalarlas en su casa. Como había pocas habitaciones, colocaba á sus huéspedes de dos en dos.

Rivet, por aquella noche, dormiría en el taller sobre las virutas: su esposa partiría su lecho con la cuñada, y en el cuarto del lado Fernanda y Rafaela dormirían juntas. Luisa y Flora se colocarían en la cocina sobre un colchón en el suelo; y Rosa ocuparía un cuartito obscuro encima de la escalera, pared por medio de un camaranchón estrecho donde dormiría por aquella noche la niña.

Cuando ésta entró en casa se vió envuelta por una nube de besos; todas las mujeres la querían acariciar, con esa necesidad de expansiones tiernas y la costumbre profesional de zalamerías que en el tren las había inclinado á todas á besar los patos. A su vez, cada una la sentaba sobre sus

sus rodillas, jugueteando con sus finos cabellos rubios, y la oprimía entre sus brazos con efusión de afecto vehemente y expontáneo. La niña, muy amable, se dejaba sobar, paciente y recogida.

Como todas estaban cansadas, enseguida de comer fueron á acostarse. El silencio ilimitado de los campos, que parecía casi religioso envolvía todo el pueblo; un silencio tranquilo, del que participaban la tierra y el cielo. Las mozas, acostumbradas á las tertulias tumultuosas de la casa pública, sentíanse muy emocionadas por el mudo reposo del campo dormido.

Tan pronto como se hallaron en sus lechos, de dos en dos, se unieron estrechamente al sentir estremecimientos, no de frío, sino de soledad, producidos por el corazón inquieto y turbado, defendiéndose así contra el tranquilo y profundo silencio de la tierra que todo lo invadía. Pero

ro Rosa, en su cuartito obscuro y poco acostumbrada á dormir tranquila y sola, sentíase presa de una emoción vaga y penosa.

Revolviéndose y no logrando conciliar el sueño, oyó, á través del tabique, sollozos apagados, como de un niño que llorase. Asustada, llamó, y una vocecita entrecortada contestóla; era la niña, que acostumbrada á dormir en la alcoba de su madre, tenia miedo en el camaranchón estrecho.

Rosa, conmovida, se levantó, y con mucho tiento, para no despertar á nadie, fué á coger á la niña y la llevó á su cama, bien caliente; la oprimió contra su pecho, besándola; la acarició, envolviéndola con las manifestaciones exageradas de su ternura; al fin, calmándose, después de dormir á la niña, se durmió también. Así, hasta la mañana, la frente pura de Constanza

descansó

descansó en el pecho desnudo de la prostituta.

IV

Desde las cinco, al toque de oración, echada al vuelo la campana de la iglesia, despertó á las mozas, acostumbradas á dormir por la mañana, único reposo de sus nocturnas fatigas. La gente del pueblo estaba ya de pie; las mujeres iban muy atareadas de puerta en puerta, charlando vivamente, llevando con cuidado vestiditos de muselina muy almidonados, tiesos como el cartón, ó grandes cirios con un lazo de seda y oro en el centro. El sol lucía ya en un cielo azul, menos por la parte del horizonte donde conservaba un tinte rosado, como una huella ténue de la aurora.

Las

Las gallinas andaban picoteando por la calle, y de trecho en trecho un gallo de reluciente cuello y roja cresta, sacudía las alas mientras lanzaba su canto penetrante que repetían los otros gallos.

Llegaban carretas de los poblados vecinos, descargando robustas normandas con vestidos obscuros y la pañoleta cruzada sobre el pecho, sostenida por un alfiler de plata secular. Los hombres se habían puesto la blusa azul sobre la chaqueta nueva ó sobre el viejo traje de paño verde.

Cuando los caballos fueron llevados á las cuadras, quedó á lo largo del camino una doble fila de carros, carretas, carricoches, vehículos de todas formas y de todas edades.

En la casa del carpintero se notaba una actividad de colmena. Las mozas, en enaguas, con los cabellos tendidos sobre la espalda, unos cabellos pobres y cortos que parecían

parecían deslucidos y raídos por el uso, se ocupaban en vestir á la niña.

La cual, de pie sobre una mesa, no se movía mientras la señora Tellier ordenaba los movimientos de su batallón volante.

La enjabonaron, la peinaron, la vistieron, y con ayuda de muchos alfileres, marcaron los pliegues del vestido, redujeron la cintura, demasiado ancha, y organizaron un tocado elegante. Luego, cuando hubieron terminado, hicieron sentar á la paciente, rogándola que no se moviera; y el grupo agitado de las mujeres corrió á engalanarse.

La campana de la iglesia comenzó de nuevo á repicar, con débil sonido de campana pobre, que se perdía en el cielo como una voz enferma, pronto ahogada en la inmensidad azul.

Los comulgantes iban saliendo de sus casas

casas para dirigirse al edificio comunal que contenía las dos escuelas y el Ayuntamiento, situado á un extremo del pueblo, mientras que «la casa de Dios» ocupaba el otro extremo.

Los padres, con el traje de los días de fiesta, con la cara parada y movimientos torpes de los cuerpos encorvados constantemente por el trabajo, seguían á sus pequeños. Las niñas desaparecían en una nube de tul nevado semejante á clara de huevo batida, mientras que los niños, como pequeños mozos de café, con la cabeza llena de pomada, andaban separando mucho las piernas para no manchar sus pantalones negros.

Era un honor para la familia cuando una muchedumbre de parientes iba desde lejos, para acompañar al niño en tal ceremonia; así, el triunfo del carpintero fué completo. El regimiento Tellier, con el *ama*

ama al frente, seguía á Constanza; el padre daba el brazo á la hermana; la madre seguía, al lado de Rafaela; Fernanda iba con Rosa, y las dos Bombas juntas, detrás; desplegábanse todas majestuosamente como un estado mayor de gran uniforme.

El efecto en el pueblo fué magnífico.

En la escuela, las niñas se replegaban bajo las tocas de la monja, y los niños bajo el sombrero del maestro, y rompieron la marcha entonando un cántico.

Los niños, á la cabeza, en dos filas; seguían las niñas en el mismo orden, y habiendo tenido los vecinos la atención de ceder el paso á las forasteras del carpintero, iban las mozas y el *ama* inmediatamente después de las niñas, prolongando la doble hilera de la procesión, tres á la izquierda y tres á la derecha, con sus arreos deslumbradores como un castillo de fuegos artificiales.

Su

Su entrada en la iglesia enloqueció á todo el pueblo. Se oprimían, se empujaban para verlas; hasta las devotas hablaban casi en alta voz, estupefactas en presencia de aquellas mujeres, más guarnecidas que las casullas de los curas. El alcalde ofreció su banco, el primer banco de la derecha junto al coro, y la señora Tellier tomó asiento allí con su cuñada, Fernanda y Rafaela; Rosa y las dos Bombas ocuparon el segundo banco, en compañía del carpintero.

En el coro de la iglesia estaban de rodillas, los niños á un lado y al otro las niñas, teniendo en la mano largos cirios. Delante del facistol, tres hombres, de pie, cantaban prolongando indefinidamente las sílabas del latín sonoro, eternizando los *Amén* con *a a a* interminables, que el serpentón sostenía con su monótono sonido vibrando sin cesar por la ancha boca de

de cobre. La voz aguda de un niño daba la réplica, y de cuando en cuando, un cura, sentado en un sillón y con el bonete puesto, se levantaba, se descubría, rezaba entre dientes algo incomprensible y volvía á sentarse, mientras los tres hombres lanzaban de nuevo sus robustas voces con los ojos fijos en un gran libro de canto llano, abierto ante ellos sobre las alas extendidas de un águila de madera, que giraba sobre un eje.

Después hubo un momento de silencio. Todos los asistentes se arrodillaron, y el cura que debía oficiar, apareció: viejo, venerable, con los cabellos blancos, inclinado sobre el cáliz que llevaba en la mano izquierda. Le precedían dos monaguillos vestidos de rojo, y le seguía una muchedumbre de cantores, que se alinearon á uno y otro lado del coro.

Sonó la campanilla y comenzaron los divinos

divinos oficios. El cura iba lentamente de una parte á otra del tabernáculo, haciendo genuflexiones, salmodiando con su voz cascada las oraciones preparatorias. Apenas calló, todos los cantores y el serpentón lanzaron á un tiempo sus voces; algunas gentes de las que asistían á la misa también cantaban, pero á media voz, humildemente.

El *Kyrie Eleison* subió á los cielos lanzado por todas las gargantas y todos los corazones. Polvo de yeso y partículas de madera apolillada se desprendieron de la vieja bóveda sacudida por aquella explosión de gritos. El sol convertía en un horno la pequeña iglesia; y una inmensa emoción, al aproximarse el inefable misterio, oprimía el corazón de los niños y las gargantas de sus madres.

El cura, que se había sentado, volvió al altar y con manos temblorosas, dirigiéndose

giéndose

giéndose á sus fieles, pronunció el *Orate fratres* «orad hermanos míos»; todos rezaron; el anciano clérigo balbuceó las palabras misteriosas y supremas, la campanilla sonaba repetidamente, la muchedumbre posternada llamaba á Dios, los niños desfallecían en su ansiedad inmensa.

Entonces, Rosa, con la frente hundida entre las manos, recordó á su madre, la iglesia de su pueblo, su primera comunión; y rompió á llorar. Lloraba tranquilamente primero, lágrimas lentas humedecían sus párpados, luego los recuerdos aumentaron su emoción, y, acongojada, con el pecho palpitante, rompió en sollozos.

Había sacado su pañuelo para secar sus lágrimas, y con él se tapaba las narices y la boca para no gritar: todo fué inútil; una especie de ronquido salió de su garganta y dos lamentos profundos y desgarradores

rradores

rradores le respondieron; porque sus dos vecinas, arrodilladas junto á ella, Luisa y Flora, oprimidas por el mismo lejano recuerdo, gemían también entre torrentes de lágrimas.

Y como el llanto es contagioso, el *ama*, á su vez, sintió sus párpados humedecidos, y mirando á su cuñada, vió que todas las del banco lloraban también.

El cura consagraba; los niños, poseídos por una especie de terror devoto, estaban arrodillados en los escalones del presbiterio, y en toda la iglesia, de trecho en trecho, alguna mujer, madre ó hermana, poseída por la extraña simpatía de las emociones fuertes, impresionada por el llanto de las mozas, humedecía su pañuelo de percal á cuadros azules, oprimiendo á la vez con su mano izquierda el corazón palpitante.

V

Como la llama que prende una mies, las lágrimas de Rosa y de sus compañeras inundaron de lágrimas los ojos de la muchedumbre; hombres, mujeres, viejos y jóvenes, todos lloraban, y sobre sus cabezas parecía cernirse un espíritu sobrehumano, un alma, el soplo prodigioso de un ser invisible.

Entonces, en el coro de la Iglesia, resonó un ruidillo seco: la monja, golpeando en su libro daba la señal de la comunión; y las niñas, temblando, se aproximaban á la santa mesa.

Toda una fila se arrodilló. El anciano sacerdote, sosteniendo en la mano izquierda el copón de plata dorada, pasaba, ofreciendo

ciendo entre dos dedos la hostia, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo.

Los niños abrían la boca desmesuradamente, con gestos nerviosos, con los ojos cerrados y el semblante pálido.

Repentinamente llenó la iglesia un rumor de muchedumbre delirante, una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Fué como un vendaval que encorva los árboles; y el cura quedó inmóvil, de pie, con una hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciéndose: «Es Dios. Es Dios que viene á nosotros, que se manifiesta, que desciende sobre su pueblo arrodillado.» Y balbuceaba oraciones del alma en santo éxtasis.

Cuando acabó de dar la comunión, las piernas apenas le sostenían, y después de apurar el cáliz, se abismó en una acción de gracias ferviente.

Poco á poco el pueblo se calmó. Los del coro

coro volvieron á sus cantos con la voz algo insegura, humedecida por sus lágrimas; y hasta el serpentón parecía enronquecido, como si también hubiese llorado.

El cura, levantando las manos, les hizo la señal de que se callaran, y pasando entre las dos filas de comulgantes, acercóse á la reja del coro

Todos los asistentes se habían sentado; unos removían las sillas y otros se sonaban ruidosamente; luego callaron, y el cura empezó su plática en tono muy bajo.

—«Amados hermanos míos, hermanas, hijas: os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón: acabáis de proporcionarme el gozo mayor de mi vida. He sentido á Dios que descendía sobre vosotros cuando yo le llamaba. Sí, estuvo presente, llenando vuestras almas y haciendo desbordar vuestros ojos. Soy el cura más viejo de la diócesis, y hoy, sin duda, soy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
30535

soy también el más feliz. Un milagro se acaba de realizar entre nosotros, un verdadero, un grande, un sublime milagro. Mientras Jesús penetraba por primera vez en el cuerpo de estas criaturas, el Espíritu Santo, la Paloma Celestial, el aliento de Dios ha caído sobre vosotros, apoderándose de vosotros, meciendo vuestras almas como la brisa mece los rosales.»

Luego, con voz más reposada, dirigiéndose á los dos bancos donde estaban las huéspedas del carpintero, prosiguió:—«Gracias tengo que daros á vosotras, hermanas mías, que habéis venido de tan lejos, y cuya presencia, cuya fe visible, cuya piedad innegable, han sido para todos un ejemplo. Sois la edificación de mis feligreses, vuestras emociones han exaltado sus almas; es posible que sin vosotras no tuviera este gran día el carácter semidivino que tuvo. A veces basta una sola oveja

ja escogida para decidir al Señor á visitar todo el rebaño.»

La voz le faltaba y terminó: «Es la gracia que á todos vosotros deseo. Así sea.» Y volvió al altar para proseguir los oficios.

La gente iba teniendo ganas de acabar; los niños se impacientaban y algunas mujeres se fueron sin aguardar al último evangelio, para disponer en sus casas los preparativos de la comida.

Fué una baraúnda la salida; voces chillonas, palabras vivas; cuando aparecieron los niños, cada cual agarró el suyo precipitadamente.

Constanza se encontró envuelta, besuqueada por las mozas. Rosa, sobre todo, no la soltaba y al fin la cogió una mano; la señora Tellier la tomó la otra; Rafaela y Fernanda la levantaron el largo vestido de muselina para que no lo arrastrase por

por el polvo; Luisa y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet.

El festín estaba servido en el taller del carpintero, sobre largos tablones apoyados en banquetas. La puerta de la calle abierta, dejaba entrar toda la alegría del pueblo. Veíanse por las ventanas los blancos manteles y oíanse los gritos y las bromas de los campesinos que, en mangas de camisa, bebían abundante sidra. En pocas mesas faltaba una niña ó un niño con el traje de primera comunión.

De vez en cuando, abrasándose con el calor del medio día, un carro atravesaba el pueblo al trote de un viejo caballo, y el carretero miraba con envidia tanta muestra de alegre francachela.

En casa del carpintero se guardaba cierta compostura: un resto de la emoción de la mañana. Sólo Rivet estaba dispuesto á todo y bebía mucho.

La

La señora Tellier miraba el reloj á cada momento, porque para no faltar dos días seguidos, era necesario que regresaran en el tren de las tres y cincuenta y cinco, en el cual llegarían á Fécamp al anochecer.

El carpintero hacía mil esfuerzos para distraerla y prolongar la estancia de sus huéspedas hasta el día siguiente; pero el *ama* no se dejaba seducir, no bromeando jamás cuando se trataba de su negocio.

Apenas habían tomado el café, ordenó á sus pupilas que se dispusieran, y dijo á su hermano:—«Ve á enganchar»—, mientras ella misma hizo sus últimos preparativos.

Su cuñada la aguardó para hablarle de la niña, y sostuvieron una larga conversación, sin dejar acordado nada. La cuñada fingió enternecerse, y la señora Tellier, que tenía á la niña sentada sobre las rodillas, no se comprometió, insinuando vagamente

gamente que ya se ocuparía de Constanza; tiempo habría y ocasiones de verse.

El carro no salía y las mozas no bajaban. Oyéronse grandes risas, golpes, gritos y aplausos. Entonces, mientras la mujer del carpintero iba á la cuadra para ver si el carro estaba dispuesto, el *ama* subió al piso.

Rivet muy axaltado y medio desnudo, trataba inútilmente de violentar á Rosa, muerta de risa. Las dos Bombas le cogían por los brazos, procurando calmarle, sorprendidas por aquella escena, después de la ceremonia de la mañana; pero Rafaela y Fernanda le excitaban, muy divertidas, lanzando gritos agudos á cada esfuerzo inútil del borracho. El hombre, furioso, descompuesto, con la cara enrojecida, sacudiendo en sus violentos esfuerzos á las dos mujeres que le sujetaban, agarrado á las faldas de Rosa, murmuraba:—«Cochina,

na, ¿por qué no quieres?»—; pero el *ama*, indignada al verlo, cogió á su hermano por un hombro y empujó con tal fuerza, que le hizo ir tambaleándose hasta la pared.

Luego, en la cuadra, le oyeron echarse agua sobre la cabeza, y cuando apareció con el carro estaba ya del todo sereno.

Se pusieron en marcha, como la víspera, y el caballo blanco trotaba como una especie de bailoteo acompasado y vivo.

Bajo el sol ardiente, la alegría renació. Las mozas reían mientras el carro avanzaba entre una nube de polvo. Rosa comenzó un cantar desvergonzado; pero el *ama* la hizo callar, pareciéndole poco á propósito en semejante día. Y añadió:—«Cántanos algo decente, que se pueda oir» —Entonces Rosa, después de pensarlo para escoger, entonó una de sus canciones dulces y sentimentales.

Todas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Todas en masa repitieron el estribillo, y Rivet llevaba el compás dando con el pie en la vara del carro y golpeando con la tralla las guarniciones del caballo, el cual, animándose con la música y los golpes, lanzóse al galope, haciendo saltar las sillas y tirando á las mujeres unas contra otras. Dieron todas en el fondo del carro, y levantarónse riendo estrepitosamente, pero sin dejar su canto; gritaban como locas y sus gritos resonaban alegres bajo el cielo ardoroso, entre las mieses maduras, arrastrados por la briosa marcha del caballejo, que acentuaba el estribillo con su galope.

Cuando llegaban á la estación, el carpintero dijo tristemente:—«Lástima que os vayáis tan pronto; nos hubiéramos divertido mucho.»

Su hermana le respondió con su acostumbrada sensatez:—«Cada cosa en su tiempo;

tiempo; una fiesta no puede durar siempre.»—Una idea iluminó el espíritu entonces melancólico de Rivet:—«¡Calla!; iré á veros el mes que viene.»—Y miró á Rosa de reojo. El *ama* replicó:—Es necesario ser prudente. Irás cuando quieras; pero te ruego que no hagas tonterías.»

El tren se acercaba y el carpintero comenzó á despedirse de sus huéspedas, dando un beso á cada una. Cuando llegó el turno á Rosa, en lugar de besar en la mejilla, buscó ansiosamente los labios; ella los apretó, bajando la cabeza y sin dejar de reir; él insistía y ella, moviéndose á uno y otro lado, evitaba; el carpintero la oprimía, sin conseguir su propósito, haciendo esfuerzos inútiles.

La campana sonó.—«¡Señores viajeros al tren!»—Las mozas y el *ama* subieron al coche.

A un silbido agudo y débil respondió el silbido

silbido poderoso y vibrante de la máquina, que arrojó su primer chorro de vapor, mientras las ruedas comenzaban á girar con esfuerzo visible.

Rivet, salió de la estación corriendo para llegar al paso de nivel y ver una vez más á Rosa; cuando el vagón cargado con aquella mercancía de carne humana pasó, el carpintero, saltando y sacudiendo su tralla, repetía el estribillo de la canción de Rosa, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

Y vió alejarse y perderse al fin con la distancia, un pañuelo blanco, agitado afectuosamente.

VI

En el tren durmieron hasta la llegada, con el sueño feliz de las conciencias tranquilas;

quilas; y cuando entraron en su casa, después de la tregua y el descanso, cenaron deprisa para volver al combate, á sus costumbres, á sus clientes de todos los días. Encendióse al anochecer el farolillo, indicando á los transeuntes que había vuelto el rebaño á su redil, y en un abrir y cerrar de ojos, corrió la noticia, no se sabe cómo ni de qué manera. El hijo del banquero, Felipe, llevó su oficiosidad al extremo de avisar por un recado al señor Tournebau, aprisionado entre su familia.

El salador tenía precisamente los domingos muchos parientes convidados á comer, y estaban tomando café cuando se presentó el mandadero con la carta; el señor Tournebau, muy emocionado rompió, el sobre y palideció: el papel no contenía más que dos renglones, trazados con lápiz: «*Cargamento de bacalaos hallado; navío*

vio entrado puerto; buen negocio para usted. Venga pronto.»

Rebuscó en sus bolsillos para darle al mandadero veinte céntimos, y poniéndose colorado como un tomate, dijo: —«Es indispensable que salga esta noche».—Y puso delante de su mujer la carta lacónica y misteriosa. Tocó el timbre, pidió á la muchacha su abrigo y su sombrero, y al verse al fin en la calle solo, echó á correr canturreando; el camino se le hacía interminable; tan viva era su impaciencia.

La casa de la señora Tellier estuvo muy animada. En la tienda las voces de los hombres del puerto producían una bulla ensordecedora. Luisa y Flora no sabían á quien atender; bebían con uno, al instante con otro, nunca merecieron mejor su apodo las «dos Bombas». Las llamaban de todas partes á la vez, no daban abasto y la noche se ofrecía para ellas muy fatigosa. El

El cenáculo del primer piso, estuvo completo á las nueve.

El señor Vasse, juez del Tribunal de Comercio, el pretendiente reconocido, pero platónico del *ama*, hablaba con ella misteriosamente en un rincón, y uno y otro sonreían como si comenzasen á entenderse. El señor Poulín, antiguo alcalde, tenía á Rosa montada sobre sus piernas, mientras ella le acariciaba las patillas blancas acercándose mucho á su rostro. Un muslo asomaba entre la seda amarilla del vestido levantado y el paño negro del pantalón, y las medias encarnadas estaban prendidas por unas ligas azules, regalo del comisionista, su compañero de viaje.

La voluminosa Fernanda echada en el sofá, tenía los dos pies apoyados en el vientre del señor Pimpessi, el recaudador; la cabeza sobre el chaleco del joven Felipe; y mientras rodeaba con el brazo derecho

recho el cuello de éste, sostenía con la mano izquierda un cigarro.

Rafaela conversaba muy entretenida con el señor Dupuis, el agente de seguros, y terminó diciendo:—«Sí, querido mío, esta noche te complaceré».—Y dando sola una vuelta de vals rápida al través del salón, repetía:—«Esta noche hago todo lo que me pidan.»

Abrióse la puerta bruscamente, y el señor Tournebau apareció. Estallaron gritos entusiastas:—«¡Viva Tournebau!»—Y Rafaela, que seguía valsando aún, se dejó caer sobre su pecho. Él la recogió con un abrazo formidable, y sin decir nada, levantándola como una pluma, atravesó el salón, tomó la puerta, y desapareció en la escalera de las alcobas con su carga viva, entre los aplausos de todos.

Rosa, que procuraba enardecer al antiguo alcalde besándole repetidas veces y tirándole

tirándole de las patillas, aprovechó el ejemplo:—«Vamos, imítale»—dijo. Entonces el viejo se levantó, y abrochándose el chaleco, tentó el bolsillo donde llevaba el dinero, mientras seguía á la moza.

Fernanda y el *ama* quedaron solas con los otros cuatro, y Felipe dijo: -«Yo pago el Champagne. Señora Tellier, haga usted que traigan dos betellas». Entonces Fernanda, estrechándole más, incorporóse para decirle al oído:—«Haznos bailar. ¿Quieres?» Felipe se levantó, y acercándose al piano, que dormía en un rincón, tocó un vals ronco y lacrimoso. La buena moza enlazó al recaudador, el *ama* se abandonó en brazos del señor Vasse, y las dos parejas comenzaron á girar, dándose á cada vuelta un beso. El Sr. Vasse, que había bailado mucho en sociedad, hacía figuras, y ella le miraba cautivada, con esos ojos que responden «sí», un «sí», más discreto

discreto y más delicioso que una palabra.
Federico llegó con el Champagne y todos bebieron. El Sr. Tournebau reapareció satisfecho, aliviado, radiante, gritando: —«No sé qué tiene Rafaela que resulta deliciosa esta noche.» Después bebió de un sorbo una copa que le ofrecían, diciendo: —«Caramba, esto es un lujo.»

En seguida, Felipe se puso á tocar una polka y el Sr. Tournebau se lanzó con la bella judía, sosteniéndola en el aire sin dejarle poner los pies en el suelo. El señor Pimpessi y el señor Vasse, se pusieron también á bailar. De cuando en cuando, una de las parejas deteníase junto á la chimenea para apurar una copa del vino espumoso; el baile amenazaba eternizarse, cuando Rosa entreabrió la puerta con una bujía en la mano. Estaba con el cabello suelto, en camisa y zapatillas, muy animada, y con el color encendido: —«Quiero

«Quiero bailar»—dijo. Rafaela preguntó: —«¿Y tu viejo?»—«Ya duerme; se duerme siempre». Y agarrándose al Sr. Dupuis, que se había quedado solo en el diván, reanudaron la polka.

Pero las botellas estaban vacías.—«Yo pago una»—dijo el señor Tournebau.—«Y otra yo»—repuso el Sr. Vasse.—«Pues yo también otra»—concluyó el señor Dupuis. Todos aplaudieron.

Aquello se organizaba, se convertía en un verdadero baile.

De vez en cuando Luisa y Flora subían apresuradas y daban rápidamente una vuelta de vals, mientras abajo sus clientes se impacientaban; luego volvían corriendo al café con el corazón henchido de pena. A media noche bailaban aún.

A veces una de las mozas desaparecía, y cuando la buscaban para hacer un

un vis á vis, notábase también la falta de un hombre.

—«¿De dónde vienen »—preguntó Felipe, riendo cuando entraban el señor Pimpessi y Fernanda.

—«De ver cómo duerme Poulín»—contestó el recaudador.

La frase hizo mucha gracia, tuvo un éxito enorme, y todos á su vez subían «á ver cómo dormía Poulín«, acompañados por una de las mozas, que se mostraban aquella noche muy complacientes. El *ama* sostenía en los rincones largos apartes con el señor Vasse, como si arreglaran los últimos detalles de un asunto convenido ya.

Por fin, á la una, los dos padres de familia, el señor Tournebau y el señor Pimpessi, decidieron retirarse y preguntaron lo que debían. Solamente les cobraron el Champagne, y aun á seis francos la botella

lla

lla, en lugar de diez francos, precio de costumbre.

Y como se quedaran sorprendidos de tanta generosidad, el *ama*, radiante de gozo, les contestó:

—«No suceden todos los días cosas extraordinarias.»

Desembarco de lascivia.

—

Habiendo salido del Havre el día 3 de Mayo de 1882, con rumbo á los mares de la China el bergantín *Nuestra Señora de los Vientos*, el día 8 de Octubre de 1886 entró en el puerto de Marsella. Su viaje se había prolongado, porque al dejar las mercancías en el puerto chino, á donde iban consignadas, encontró flete para Buenos Aires, y allí lo cargaron para el Brasil, desde donde hizo nuevas travesías, en las cuales, destrozos, reparaciones, calmas interminables, ventiscas terribles que

lo

lo arrastraron, y todos los accidentes, aventuras y desventuras del mar, durante cuatro años retuvieron lejos de su patria al bergantín, que al cabo entraba en el puerto de Marsella abarrotado con latas de conservas americanas.

Al salir llevaba á bordo, además del capitán y del segundo, catorce marineros, ocho normandos y seis bretones; y al volver solo quedaban cinco bretones y cuatro normandos; un bretón había muerto en el camino, y cuatro de los normandos, por diversas causas, habían sido reemplazados por dos americanos, un negro y un noruego reclutado una noche en una taberna de Singapoore.

El bergantín con las velas arriadas, arrastrado por un remolcador marsellés, pasó delante del castillo de Yf; luego bajo las rocas grises de la rada, cuyos picos doraba el sol poniente, entró en el antiguo

guo puerto, donde se amontonaban rozándose casi á lo largo de los muelles, embarcaciones de todo el mundo, mezcladas y confundidas grandes y pequeñas, de todas formas y de todas clases.

Nuestra Señora de los Vientos ocupó su lugar entre una barca italiana y una goleta inglesa que se apartaron un poco para dejar sitio al camarada; luego, cuando todas las formalidades de la Aduana y del puerto estuvieron cumplidas, el capitán dió permiso á dos tercios de la tripulación para que saltasen á tierra.

Los diez hombres que no habían abandonado el bergantín en muchos meses, andaban lentamente, inseguros, desorientados, balanceándose y deteniéndose, olisqueando las callejuelas próximas al puerto, llenos de ansias amorosas contenidas y acumuladas durante los meses de vida de mar. Iban de dos en dos como en las procesiones;

cesiones; delante, los normandos guiados por Celestino Duclós, un mocetón robusto y malicioso que capitaneaba á los otros cada vez que ponían el pie en tierra firme. Adivinaba los lugares donde habría jaleo, inventaba engaños y burlas, y no se metía mucho en las colisiones, tan frecuentes entre marineros; pero cuando se veía envuelto, sin poderlo evitar, en algún conflicto, daba la cara sin temer á nadie.

Después de algunas dudas, contemplando las varias calles que desembocaban en el puerto, todas negras y mal olientes, Celestino se decidió por la más estrecha y tortuosa, viendo brillar en las puertas de sus casas, faroles con grandes números pintados en el cristal. En todos los portales, mujeres con delantal, como criadas, sentadas en sillas de enea, se levantaban al verlos y salían al encuentro de la doble fila de hombres que avanzaban lentamente.

mente canturreando y bromeando, ya embriagados por la proximidad de aquellas prisiones de prostitutas.

De cuando en cuando, en el fondo de un vestíbulo, aparecía detrás de una cancela abierta de pronto, una muchacha gorda, medio desnuda, cuyos anchos muslos y pantorrillas abultadas, se dibujaban bruscamente. Su pecho, abundante y blando, caía sobre un corpiño de terciopelo negro con galón de oro.

—¿Entráis, hermosos?—les decía desde lejos. Y alguna vez salía para agarrarse á un marinero y empujarle hacia la puerta, envolviéndole con sus brazos como una araña que quiere arrastrar una presa superior á sus fuerzas. El hombre, soliviantado por este contacto, resistía blandamente; y los otros se paraban para contemplarlos, vacilando entre el deseo de entrar enseguida y el gusto de prolongar su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

su investigación apetitosa. Cuando la mujer, con encarnizados esfuerzos había conducido al hombre hasta la cancela, y todos los compañeros iban á precipitae en el portal, Celestino Duclós, muy prctico en estos asuntos, gritaba:

—No entréis ahí, Márchan, que no es esta la casa.

El hombre, obediente á la voz de Celestino, con una sacudida se desligaba de la moza, y todos continuaban su camino mientras ella, exasperándose, les injuriaba con palabras inmundas, y otras mujeres asomándose á las puertas y saliéndoles al encuentro les atraían con roncas y confusas promesas.

Ellos avanzaban cada vez más inflamados entre las zalamerias y la seducción de los goces ofrecidos por el coro de las porteras de amor que les iban saliendo al paso y las maldiciones innobles lanzadas contra

contra ellos á su espalda por el coro de las despreciadas. De cuando en cuando, se cruzaban con un grupo de soldados, con otros marineros, con algunos burgueses, empleados ó comerciantes. Ofrecíanse á su paso nuevas calles alumbradas con los faroles sospechosos, y la tripulación del bergantín avanzaba en aquel sucio laberinto, sobre un suelo grasiento, entre paredes abarrotadas de carne de mujer.

Al fin, Celestino Duclós, deteniéndose ante una casa de buen aspecto, hizo entrar á sus amigos.

II

¡La fiesta fué completa! Durante cuatro horas, los diez marineros se hartaron de amor y de vino, gastando la paga de seis meses.

Habíanse

Habíanse instalado con desahogo como los únicos dueños de la sala, mirando despreciativamente á los parroquianos que se acomodaban en los rincones, á donde algunas de las mozas disponibles, vestidas con su camisón muy escotado ó con una falda muy corta, les acompañaban y servían.

Cada marinero había escogido al llegar su compañera, conservándola toda la noche, porque la gente del pueblo no es aficionada en estos casos á las variaciones. Se habían unido tres mesas; y después de la primera ronda, reforzada la procesión que se aumentó con diez mujeres, lanzóse á la escalera que conducía á las alcobas por donde desfilaron las amorosas parejas.

Volvieron á bajar y á beber; volvieron á subir y á diseminarse, para reunirse por tercera vez y seguir bebiendo.

Casi borrachos ya, con los ojos enrojecidos

y teniendo á las mozas sentadas en las rodillas, cantaban ó gritaban golpeando sobre la mesa; y bebían dejando en libertad la bestia humana. Entre todos, Celestino Duclós, oprimiendo entre sus brazos una robusta muchacha muy colcradota, la miraba con ardor.

Menos borracho que los demás, y no porque hubiese bebido menos, pensaba en otras cosas y sintiendo íntima ternura prefería comunicarse y hablar. Pero sus ideas borrábanse, desaparecían, volviendo á ofrecerse y á borrarse sin que le precisaran su deseo.

Riendo, repetía:

—Vaya, vaya... ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Seis meses—respondió la moza.

Celestino, procurando mostrarse amable con ella, insistía:

—¿Y te gusta este oficio?

Ella

Ella dudó y luego dijo resignada:
—Todo es cuestión de acostumbrarse; tan malo es éste, como los otros.
Celestino aprobaba con un gesto estas afirmaciones, y seguía preguntando:
—¿Tú no eres de aquí?
Sin hablar, ella dijo que no con la cabeza.
—¿Eres de muy lejos?
Ella dijo que sí en la misma forma.
—¿De dónde eres
Ella siguió callada, como si recordase algo; luego murmuró:
—De Perpignán.
Y á su vez empezó á preguntarle:
— Y tú, eres marinero?
—Sí, preciosa.
—¿Vienes de muy lejos?
—De muy lejos. He visto muchos puertos y muchas tierras.
—¿Has dado la vuelta al mundo?

—Puedes

—Puedes creerlo; más bien dos veces que una. De nuevo ella calló como si buscara en su memoria un recuerdo confuso. Después, cambiando de tono, seria y dulce, prosiguió:
—¿Has encontrado muchas embarcaciones en tus viajes?
—Ya lo creo, preciosa; muchas.
— Viste, por casualidad, un bergantín que se llama *Nuestra Señora de los Vientos?*
Celestino contestó bromeando:
—Lo ví esta misma semana.
Ella palideció.
—¿Dices verdad?
—La verdad te digo.
—¿No mientes, no me engañas?
El marinero extendió el brazo:
—Te lo juro por el nombre de Dios.
—¿Podrías decirme si Celestino Duclós va en ese bergantín?

Sorprendido,

Sorprendido, inquieto, antes de contestar quiso enterarse:

—¿Tú le conoces

A su vez, ella se mostró desconfiada.

—Yo no: pero una mujer, amiga mía, le conoce.

—¿Una mujer de esta casa?

—No, de cerca.

—¿De esta calle?

—No, de la otra.

—¿Qué clase de mujer es esa?

—Una mujer, como todas... Una mujer como yo.

—¿Qué le quiere? ¿De qué le conoce

—¿Lo sé yo acaso? ¿Qué me importa?

Se miraron fijamente, ansiosos de sorprender sus mútuos pensamientos, adivinando que alguna cosa grave surgiría entre los dos.

El repuso:

—Dime, ¿puedo verla

—¿Qué

—¿Qué le dirías?

—Le diría... le diría... que hace poco he visto á Celestino Duclós.

—¿Y está bueno?

—Como tú y como yo.

Ella quedó silenciosa un rato, como si ordenara sus ideas; luego dijo lentamente:

—¿A dónde iba *Nuestra Señora de los Vientos?*

—Aquí; á Marsella.

La moza no pudo reprimir un extremecimiento.

—¿Verdad?

—¡Verdad!

—¿Tú conoces á Duclós?

—Le conozco.

Ella vacilaba; luego dijo dulcemente:

—Bien; está bien.

—¿Qué le quieres?

—Cuando le veas, dile... ¡No le digas nada!

Celestino

Celestino la miraba turbado y ansioso, deseando averiguar.

—¿Pero tú le conoces?

—No.

—Entonces, ¿por qué preguntas tanto?

La moza tomó bruscamente una resolución, y levantándose, corrió hacia el mostrador donde estaba el ama, cogió un limón, oprimió su jugo en un vaso que llenó luego de agua, y llevándoselo á Celestino, le dijo:

—Bebe.

—¿Para qué?

—Para hacer pasar el vino. Luego te hablaré.

El marinero bebió, y secándose los labios con el reverso de la mano, dijo:

—Ya te escucho.

—Prométeme antes no descubrir que me has visto, ni cómo supiste lo que voy á contarte. Júralo.

Celestino

Celestino tendió el brazo y juró.

—Pues bien; tú le dirás que su padre ha muerto; que su madre ha muerto; que su hermano ha muerto; los tres de la fiebre tifoidea, en Diciembre de 1882; hace cuatro años.

El marinero sintió que se le helaba la sangre, y estuvo de tal modo trastornado un momento, que no sabía qué contestar. Luego, sin atreverse á creer lo que oía, preguntó:

—¿Estás bien segura de que todo es verdad?

—No lo dudes.

—¿Y á tí, quién te lo ha dicho?

La moza le puso las manos en los hombros, y mirándole fijamente, murmuró:

—Júrame que guardarás el secreto.

—Te lo juro.

—Soy su hermana.

De

De los labios del marinero, en un grito de angustia, escapó este nombre:

—¡Francisca!

Ella clavó los ojos en él con más fijeza, estremecida por un espanto, por un horror profundo, y balbuceó:

—¿Eres tú, Celestino?

Quedaron inmóviles y callados los dos. El ruido de los vasos, de los palmoteos, de los talones llevando el compás, y los gritos agudos de las mujeres, se confundían con las voces y los cánticos.

Celestino sintió á su hermana sobre su pecho, abrazándose á él, calenturienta y horrorizada. Entonces, apagando la voz para que nadie le oyera: tan bajo que apenas ella le oyó, dijo:

—¡Qué desgracia! ¡Lo que hicimos!

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Acaso es mía la culpa?

Pero

Pero él, interrumpiéndola, dijo:

—¿Todos han muerto?

—Sí. Todos.

—¿El padre, la madre y el hermano?

—Los tres, en pocos días. Yo quedé sola, debiendo las medicinas, el entierro, que pagué con los muebles de la casa; y me fuí á servir al señor Cacheux, el cojo. Yo tenía entonces quince años y cometí una falta con el señor Cacheux. Después entré á servir en casa de un notario que también abusó de mí, llevándome luego al Havre, donde me alquiló un cuarto. Al poco tiempo dejó de ir á verme. Pasé tres días sin comer; busqué trabajo, inutilmente; y al fin, me decidí á entrar en una casa; como tantas otras. Me han hecho recorrer muchas poblaciones, todas muy sucias. Roan, Evreux, Lille, Bordeaux, Perpignan, Niza y Marsella.

Caían de sus ojos abundantes lágrimas, que

que surcando sus mejillas y su nariz, llegaban á su boca.

Luego, prosiguió:

—Creí que también habías muerto, ¡mi pobre Celestino!

El marinero dijo:

—No era posible que yo te reconociera. Te dejé niña, y te veo ahora tan desarrollada. Pero tú ¿cómo no me reconociste?

La moza, exclamó desesperada:

—¡Veo tantos hombres, que todos me parecen iguales!

El seguía mirándola fijamente, dominado por una emoción confusa y tan violenta, que á punto estaba de gritar como un chiquillo á quien le pegan. La tenía entre sus brazos, sobre sus rodillas, con las manos abiertas sobre la espalda carnosa de Francisca; y á fueza de mirarla, reconoció al fin á la hermana menor que había dejado en su pueblo rodeada de todos

aquellos

aquellos que morían poco después mientras él cruzaba los mares. Entonces, cogiendo entre sus duras manos de hombre de mar aquella cabeza tan querida, se puso á besarla con besos fraternales. Luego subieron á su garganta sollozos tristes y largos, que parecían el hipo de la embriaguez.

Y balbuceaba:

—Eres tú, eres tú; ya te reconozco, Francisca, mi querida Francisca...

De pronto, se levantó renegando con voz formidable y golpeando la mesa de tal modo con el puño, que todos los vasos cayeron, rompiéndose. Avanzó unos pasos, vacilante, y extendiendo los brazos cayó de cara al suelo. Se revolcaba, golpeando los ladrillos con pies y manos, y gimiendo como un agonizante.

Sus camaradas le miraban riendo.

—Está borracho; ya le pasará —dijo uno.

—Acostémosle

—Acostémosle—dijo otro.—No debe ir á bordo en tal estado.

Y como aun tenía dinero en el bolsillo, lo cual aseguraba que al día siguiente no se iría sin pagar, la dueña del establecimiento le ofreció una cama, y sus compañeros le llevaron en hombros hasta la alcoba de Francisca, donde los dos hermanos acabaron de pasar la noche llorando amargamente.

Especulaciones amorosas.

I

—¿Qué se hizo Leremy?

—Es capitán en el sexto de dragones.

—¿Y Puisón?

—Suprefecto.

—¿Y Racollét?

—Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud, que no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia,

cia, ya calvos ó encanecidos, con mujer propia y abuntante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—¿Y Prudencio, el gran Prudencio?

Lancé una especie de alarido:

—¡Ah! En cuanto á éste... La historia es larga. Escucha. Estaba yo, hace cuatro años, haciendo la visita de inspección en Limoges, y mientras aguardaba la hora de comer me aburría solemnemente, sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres ó cuatro, á tomar el vermouht ó el ajenjo, hablando en voz alta de los negocios, riendo estrepitosamente, y bajando el tono para comunicarse cosas importantes y delicadas.

Yo me decía: «¿Qué haré después de comer?»

mer?». Y me horrorizaba pensando en lo interminables que resultan las noches en una provincia, en el vagar pausado y siniestro á través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeuntes, extraños á él en todo y por todo: por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco á poco el paso, como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho hace reflexionar y extremecer, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía en aumento mi desolación y angustia á medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fué á sentarse junto á la mesa próxima, y ordenó con voz formidable:

—Mozo, mi witter.

El *mi*, sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí enseguida que todo era suyo, muy suyo en la existencia, y no de otro; que tenía *su carácter, su apetito, su pantalón, su «no importa qué»*, de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

—Mi periódico.

Yo me preguntaba: «¿Cuál puede ser su periódico?»

periódico?» El título bastaría para revelarme sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simplezas.

El mozo le llevó *El Tiempo* y quedé sorprendido, porque *El Tiempo* es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: «Será un hombre prudente, de buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués al fin.»

Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Reparando en mí, se puso á examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía á interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante á Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra.

Se

Se levantó bruscamente, acercándose con los brazos extendidos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Algo sorprendido, sin reconocerle, dije:

—Bien... gracias... ¿Y usted

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No... la verdad... Y sin embargo, me parece...

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Prudencio Robert, soy tu amigo, tu camarada.

Entonces le reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—¿Y tú, cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le dí cuenta de mi visita de inspección.

— No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; estoy muy rico. Mañana si quieres te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, núm. 17. Ya verás que instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?

—No he variado.

—¿Ni te casaste?

—No.

—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?

Me iba resultando deplorablemente vulgar. A pesar de todo le respondí:

—Me gustan como siempre.

—¿Y las guapas mozas?

—Más que nunca.

Rióse muy satisfecho, y dijo:

—Mejor

—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Burdeaux? ¡Qué noche! En efecto, recordé aquella y otras posteriores. Reimos. El golpeaba la mesa con los puños, yo le pregunté bruscamente:

—¿Y tú no te casaste?

—Sí, hace diez años; y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana y á su madre también.

Hablábamos á voces; los parroquianos del café nos miraban sorprendidos.

De pronto mi amigo miró la hora en su reló, un cronómetro inmenso, y exclamó:

—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte porque tengo que hacer esta noche.

Se levantó estrechándome las manos y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:

—Hasta mañana, ya lo sabes; á medio día.

Pasé

Pasé la mañana trabajando con el Interventor de Hacienda que me convidó á almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome y le pregunté:

—¿Sabe usted donde está la calle del Gallo?

—Sí; está un poco lejos, yo le guiaré.

Y nos pusimos en camino.

II

Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número diez y siete correspondía á una especie de hotel con jardín. La fachada adornada con frescos al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Veíanse diosas, reclinadas sobre urnas, otras entre nubes

que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.

—Esta es la casa.

Sorprendido al oirme, el Interventor de Hacienda hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada, estrechando la mano que yo le ofrecí.

Llamé. Salió una criada.

—¿El señor Robert, vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban á la sombra de las palmeras bañadas en rojiza claridad. Una linterna oriental y antipática colgaba del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo colgaduras llamativas.

Pero lo que más me chocaba de todo, era

era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora como de las estufas. Subí siguiendo á la criada por una escalera de mármol revestida con una alfombra de género oriental y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo allí miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes y denotaban una pretensión excesiva. Grabados del siglo 18 representando mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho desordenado daba con el pie á un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente á su amante cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos

pos

pos se adivinaban ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dió en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué á la ventana para mirar al jardín que se extendía á la espalda del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron tres damas, andando lentamente cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos llenos de encajes.

Dos eran rubias, y la otra morena. Luego volvieron á desaparecer entre los árboles. Quedé sobrecogido, encantado ante aquella

aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mí todo un mundo poético. Ellas se habían mostrado apenas, á una luz conveniente, entre los verdores del ramaje en el jardín secreto y delicioso Habían evocado en mi memoria las hermosas damas del siglo XVIII, vagando á la sombra de los caranillos, aquellas hermosas damas, cuyos ligeros amores recordaban los galantes grabados del salón. Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual y tierno, en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

III

Una voz atronadora, me hizo estremecer. Prudencio había entrado en el salón radiante como siempre, y me tendía las manos.

manos. Mirándome á los ojos con solapada expresión, propia de ciertas confidencias, y haciendo un gesto de Napoleón, me hizo reparar en su lujo, en su parque y en las tres mujeres que volvieron á dejarse ver; luego con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empezamos con mi mujer y mi cuñada solamente!